

MEJOR QUE EL SEXO

de

Víctor Vegas © 2013

Web del autor: <http://victorvegas.com/>

Obra para 1 actor

Copyright © 2013

ADVERTENCIA:

Los derechos de esta obra están protegidos por las leyes de propiedad intelectual en todo el mundo. Todos los derechos para su puesta en escena en teatro, radio, cine, televisión o lectura pública están reservados tanto para compañías profesionales como aficionadas. Los derechos y permisos deben obtenerse a través de:

SGAE / Sociedad General de Autores y Editores
Departamento de Dramáticos
c/Fernando VI, 4. (28004). Madrid, España.
Tel: (+34-91) 3499550
Fax: (+34-91) 3102120
Web: <http://www.sgae.es/>
E-mail: palvarez1@sgae.es
E-mail: vsvegas@gmail.com

R6-0621

Octubre, 2013

*Nadie se ilumina fantaseando figuras de luz,
sino haciendo consciente su oscuridad.*

Carl Jung

*Oh I'll be a good boy
Please make me well
I promise you anything
Get me out of this hell*

John Lennon

PERSONAJES

EDUARDO PEREIRA

ESCENARIO

Vacío. Sólo una butaca ubicada en el sitio donde al actor le parezca más cómodo.

1

¿Recuerdan la primera vez?

Yo recuerdo la mía como si hubiera sido ayer...

Bueno, ya sé que decir esto suena a tópico, a cliché, pero cómo hablar de las cosas que nos pasan sin caer en el lugar común. Por lo general, la vida es eso que creemos que nos ocurre únicamente a nosotros cuando en realidad le sucede a todo el mundo.

O al menos a una gran parte de la humanidad.

Desde niño me sentí atraído por el sexo...

No, no. Perdón. Quizá decir "atraído por el sexo" sea demasiado fuerte e inexacto, porque por entonces no sabía qué diablos era "eso": EL SEXO.

Creo que será mejor decir que desde muy pequeño me atraieron las mujeres.

Sí, sí. Eso suena mejor.

Desde niño me sentí atraído por las mujeres.

Era una sensación extraña, ¿saben? Por ejemplo, había ciertos juguetes que me atraían casi con igual intensidad, pero por supuesto yo tenía claro qué hacer con ellos; en cambio con una mujer, con una mujer... ¡No tenía ni la menor idea qué hacer con una mujer! Eran un total misterio para mí. Hasta que un día, una de mis primas, me mostró el camino... Ella tendría siete u ocho años y yo no pasaría de los seis. No recuerdo a qué jugábamos. Sólo recuerdo que hubo un momento en que decidimos desnudarnos y, cuando al fin nos quedamos en cueros, no tuve más ojos que para aquello que coronaba su entrepierna... Fascinado, hipnotizado, sin voluntad, caí rendido a sus pies... De pronto mi prima, reaccionando ante mi insólito comportamiento —con seguridad tendría alguna rara expresión en el rostro; los ojos desorbitados—, mi prima, decía, cogió su ropa y salió corriendo... ¡Aterrada!

Ya nunca más volvimos a jugar como solíamos hacerlo.

A partir de aquel día me obsesioné con la idea de mirar el cuerpo desnudo de las mujeres. Y esto, desde luego, me trajo algunos inconvenientes y no pocos malos ratos.

En la casa donde crecí, la casa de mis abuelos, siempre había gente de paso. Tíos y tías, primas y primos, amigos y antiguos vecinos del campo de donde años atrás los abuelos habían salido con sus hijas y la ilusión a cuestas de encontrar una vida mejor en la ciudad.

Como buena gente de campo, mis abuelos mandaron a construir el baño y el wáter apartados del resto de la casa, confinándolos al rincón más alejado del patio. Una tarde, arrastrado por mi obsesión, se me ocurrió hacer un discreto agujero en la pared del baño y, tan pronto escuchaba que una

de mis tías, primas o cualquier otra mujer de visita decía que iba a tomar una ducha, corría como el rayo a ocupar mi lugar de primera fila para contemplar y venerar sus cuerpos desnudos...

¡Aquellos eran los minutos más maravillosos de mi existencia de entonces!

Pero un día mamá me descubrió y hasta ahí me duró el entretenimiento y el goce. Esa primera acción para satisfacer mi curiosidad sexual, me costó una buena paliza, rezar no sé cuántos padres nuestros y no sé cuántos aves marías, de rodillas sobre la grava caliente del patio, y por si no fuera suficiente, la vergüenza que todos en casa se enterarán de que yo era una especie de "pervertido sexual". Sí. Esta fue la frase exacta que gritó mamá a los cuatro vientos. No tenía idea de qué significaba, aunque por la manera en que la dijo no me quedaba duda de que se trataba de algo muy pero que muy malo.

Y de nada valió que en mi favor intervinieran abuelos, tías y primas, según mamá, yo había pecado y tenía que pagar con penitencia mi grave falta ante Dios. Y es que mamá... ¡Ay, mamá! ¡La pobre! Desde que papá nos abandonó le había dado por meterse de cabeza en la iglesia. El tiempo libre que le quedaba después de cumplir con su trabajo y los oficios domésticos se lo dedicaba por entero a Jesús. Se había vuelto tan religiosa, tan devota, que no exagero al decir que se hubiera crucificado a sí misma si hubiera tenido al alcance de la mano un buen madero y unos clavos.

Poco después de aquello, a mi hermana, un año menor que yo, tuve que traerla desde el colegio a casa llorando como una magdalena.

ABUELA: Pero ¿qué te pasa, hijita?

Le preguntó la abuela a mi hermana al vernos llegar.

TIBISAY: Que ya ni Diosito ni mamá me van a querer.

ABUELA: ¿Y por qué dices eso?

TIBISAY: Porque mamá dijo que si me dejaba tocar "ahí abajo", ni ella ni papá Dios me iban a querer nunca más...

Resulta que mientras jugaba con otros compañeritos durante el recreo, uno de ellos la tocó sin querer "ahí abajo" y mi hermana empezó a llorar y a decir toda esas incoherencias que mamá le había metido en la cabeza. Por más que las maestras se esforzaron en consolarla, no pudieron, y por fin decidieron mandarme a buscar y enviarnos a los dos de vuelta a casa.

A la abuela le costó Dios y su ayuda convencer a Tibisay de que de aquel modo era imposible que hubiera perdido la virginidad.

Así era mamá. Apoyándose en sus sermones y castigos, logró hacerme entender que mi obsesión por las mujeres era algo malo, sucio y pecaminoso. Entonces acabé reprimiéndome

por un tiempo. Pero por más que intentemos reprimir y ocultar los instintos básicos en lo más profundo de nosotros, tarde o temprano consiguen salir a flote.

Semanas antes de cumplir los nueve años se mudaron al frente de casa nuevos vecinos. ¡Eran un montón! Tres adultos y seis niños. Todos los niños rondaban mi edad. Algunos mayores y otros menores, pero en todo caso, nunca la diferencia parecía superar los tres años.

Había cuatro chicas entre ellos.

No pasó mucho tiempo para que Tibisay y yo hiciéramos buenas migas con nuestros nuevos vecinos y corriéramos como cabras bien en su casa o bien en la nuestra.

Tampoco pasó mucho tiempo antes de que yo volviera a las andadas...

Les confieso que soy de naturaleza tímida. Me gusta pasar desapercibido allá adonde voy. Cualquiera que me conozca, suscribiría sin rechistar lo que digo. Pero cuando la naturaleza llama es imposible ignorar su llamado. Cuando la naturaleza llama, uno se vuelve mucho más audaz y atrevido de lo corriente. Digo naturaleza porque no sé llamarla de otra forma. Lo que me movía era el puro instinto animal puesto que, como ya he dicho, era apenas un niño y de sexo no sabía nada.

Empecé a toquetear a la mayor de mis vecinas mientras jugábamos al escondite. Pero en cuanto sentí su rechazo paré en seco. Dejé pasar unos días y luego lo intenté con la que le seguía. Al principio se dejó tocar sobre la ropa, se quedaba quieta mientras lo hacía y creo que le gustaba, pero cuando deslicé mi mano bajo la tela de su short y su panty me rechazó y paré.

Preferí no volver a intentarlo con ella tampoco.

Ya sólo me quedaba una de las hermanas, la que tenía la misma edad de Tibisay, porque la menor de todas rondaría los seis y con ella ni me lo planteé.

Dicen que a la tercera va la vencida y con esta última chica pude finalmente matar mi curiosidad. No sólo se dejó toquetear por encima y debajo de la ropa, sino que, como lo había hecho antes con mi prima, en varias ocasiones nos desnudamos y me permitió explorar su intimidad. Por fin podía ver de cerca, escrutar y oler, con el mayor detenimiento y detalle, aquella parte de las mujeres que me atraía como la miel a las hormigas.

Temblaba, sudaba, sentía que se me cortaba la respiración y que el corazón iba a saltarme por la boca. ¡Les juro que fue lo más extraño, intenso y a la vez sublime que había experimentado en mi vida!

En mi corta vida de aquellos días, quiero decir.

2

¿Sabían que el clítoris, en lo que se refiere a placer sexual, es la parte más importante de la anatomía femenina? De hecho, es la única parte del cuerpo cuya única función conocida es el placer. El glande del clítoris contiene aproximadamente ocho mil terminaciones nerviosas sensoriales... Sí, como lo oyen. ¡Ocho mil! La mayor concentración en todo el cuerpo humano, dos veces el número del pene. ¿Acaso no sólo por esto habría que caer rendido a sus pies y reverenciarlo?

Desde luego yo no disponía de esta información cuando tenía a menos de un palmo de mis narices la totona infantil de mi vecina. ¡Pero igual la reverencié como sólo podía reverenciarse a un ente superior!

Mi vecina y yo estuvimos tonteando de la forma que les he contado alrededor de dos años, hasta que un buen día todo acabó de la repentina manera en que había empezado. A partir de ese día no quiso que la tocara más ni dejarme disfrutar de aquellas sesiones exploratorias de su cuerpo. Yo no insistí y tampoco tuve tiempo de lamentarlo, porque por esa misma época conocí a Samuel García.

Samuel García era el tipo de niño con el que cualquier madre teme que sus hijos se junten. Inventor, pendenciero, de muy muy mala conducta. Siempre andaba metido en algún jaleo. Era año y medio mayor que yo y lo sabía todo. O casi todo. Al principio lo odié por el modo que tenía de decirme las cosas.

SAMUEL: Eduardo, no seas pendejo y deja de andar creyéndote todo lo que dice tu mamá. Los bebés no los trae una cigüeña desde París, los paren las mujeres a los nueve meses de haber echado un buen polvo con sus maridos.

O esta otra:

SAMUEL: El Niño Jesús no te trajo lo que le pediste porque seguramente a tu mamá no le alcanzó el dinero.

Sí, lo reconozco, yo a los once años todavía creía en el Niño Jesús y que los bebés los traía, colgados del pico, una cigüeña venida desde París.

A pesar de las revelaciones de mi amigo, con el fin de abrirme los ojos y que viera la realidad que nos circundaba tal cual era, me negué por mucho tiempo a creer que mi madre se había dado varios atracones de sexo con mi padre para traernos a mí y a Tibisay al mundo.

Imagínense: ¡mi madre!

A favor de Samuel he de decir que me inició en todo lo que por aquel tiempo debía conocer sobre el sexo. Gracias a él tuve la primera revista porno entre mis manos y gracias a él aprendí a usar mis manos para darme placer. Aunque en un

principio tuve que darle placer yo al él también con mis propias manos... Ya saben, era su forma de transmitirme sus conocimientos y corroborar que me había enseñado bien.

SAMUEL: Cuando sientas como ganas de orinar, dale más rápido, intensifica el quiebre de muñeca... Así, así, así... Aaaahhh... ¡Dios mío!

Recuerdo que me enseñó un montón de técnicas de masturbación. La que más disfrutaba, y que lamentablemente no podía practicar tan a menudo como hubiera deseado, era la del melón. ¿Quiéren saber cómo era? Pues verán, consistía en coger un melón maduro, hacerle un agujero e introducir por allí el pene erecto y luego ¡dale que te pego! La sensación era increíble. Me volvía loco. Pero, como ya he dicho, no siempre podía practicarla, porque en casa todos adoraban el batido de melón, así que los melones duraban muy poco. Hubo una época en la que me ofrecí a preparar el batido de melón para la familia: lavar y pelar, quitarle las semillas y picar la fruta en trocitos con el fin de pasarla más tarde por la licuadora, etcétera. Les juro que en ese breve lapso fui feliz. Hasta que mamá se olió algo raro y me prohibió acercarme a los melones de la casa.

Quiero que aquí quede bien claro que nunca eyaculé dentro de uno de aquellos melones... Pero ¿se imaginan si lo hubiera hecho? En lugar de batido hubiera tenido que preparar merengada.

Además era rico hacerse pajas con un bistec crudo o con un preservativo lleno de helado o paté... O simplemente con la mano embadurnada de lubricante... Con la masturbación de pronto todo empezó a encajar, a cobrar sentido. Ante mis ojos se abrió un mundo de mil y una posibilidades. En cuanto a Mamá, cada vez que me metía al baño y tardaba más de lo debido, comenzaba a acosarme acusándome de asesino de mis propios hijos o tratando de infundirme miedo con los terribles castigos de Dios: "¡acabarás en el infierno!", decía, "¡acabarás loco y ciego!", decía, "¡acabarás con pelos en las manos de tanto hacerte pajas y tus amigos se burlarán de ti!, ¡retorcido!, ¡depravado!"... Por lo general yo no le hacía caso y me abstraía de todo lo que gritaba al otro lado de la puerta del baño con el fin de disfrutar... ¡Y vaya si lo conseguía! ¡Disfrutaba! ¡Uf, Dios! ¡Cómo disfrutaba! Aunque luego de acabar, de eyacular, me sentía mal, sucio, culpable... Incluso hubo una temporada en la que llegué a autoflagelarme. Me golpeaba en las rodillas o en los güevos para castigarme por mi compulsiva y pecadora actitud "masturbatoria".

Pero volvamos con mi amigo Samuel.

Su habitación era el lugar ideal para resguardarse de un ataque nuclear o de un apocalipsis zombi. Tenía televisor, VHS, equipo de sonido y hasta una pequeña

despensa con nevera, cuyo interior estaba repleto de refrescos, chocolatinas, frutos secos y otras delicias. ¡Y ni hablar del material pornográfico que saltaba de cada rincón! Era allí donde solíamos masturbarnos hasta que se nos dormían las manos o nos dolían terriblemente los güevos. Acostumbrábamos masturbarnos hojeando las revistas o contemplando alguna película porno en la tele.

A veces hacíamos competencia a ver quién tardaba más en eyacular o quién lo hacía más lejos.

Siempre ganaba él.

Todo cuanto me enseñó Samuel sobre el sexo y las mujeres lo había aprendido, a su vez, de muy buena fuente: una tía suya que vivía en los andes de dónde era él y su familia. Regresaba allí apenas tenía oportunidad, bien fuera durante un largo puente de asueto o en las vacaciones del colegio. Su madre se alegraba de que él y su hermana menor se llevaran tan bien y que él quisiera pasar tanto tiempo con ella. No sospechaba que Samuel quería a su tía de una manera muy distinta a la que ella se imaginaba.

Llegué a conocer a la tía de Samuel por unas fotos que él mismo me mostró. Era una mujer de unos veinte y pocos; de piel blanca y cabello oscuro, largo y ensortijado; de figura alta y esbelta; en fin, hermosísima, con un cuerpo espectacular. No era difícil entender por qué mi amigo estaba loco por ella. Su relación había empezado años atrás, cuando él tendría siete u ocho años.

SAMUEL: Una tarde de calor, en la que mi tía se quedó en casa para cuidarme, me preguntó que si la quería. Yo le respondí que sí, que mucho. "Entonces harías cualquier cosa para complacer y hacer feliz a tu tía, ¿verdad?". "¡Claro!", respondí yo. Acto seguido, me cogió de la mano y me colocó frente a una butaca de anchos apoya-brazos que había en el salón de la casa, se desnudó y se sentó en la butaca con las piernas abiertas y dijo, "ven, te enseñaré a hacer algo con lo que harás muy feliz a tu tía...".

Y aquella tarde la tía de Samuel le enseñó cómo, con sus manos y boca, podía llevar a una mujer a la gloria.

3

El 80% de las mujeres necesita la estimulación del clítoris para alcanzar la excitación completa y el orgasmo, y a pesar de que sigue existiendo la creencia que el "sexo" es igual a "penetración", sólo el 20% de las mujeres es capaz de alcanzar el orgasmo a través del sexo intravaginal, es decir, a través de la penetración.

Curioso, ¿no?

Como la mayoría de mujeres, es evidente que la tía de Samuel pertenecía a este 80% del que acabo de hablarles.

Dos años después de conocernos, en uno de los asuetos de aquel año, Samuel se fue a los andes y le perdí la pista. No volví a saber de él. Creo que se trataba de una Semana Santa, porque no puedo evitar relacionar su desaparición con el Domingo de Gloria. Desde entonces me gusta imaginármelo de rodillas, su cabeza perdida entre las piernas abiertas de su tía, en esa butaca de anchos apoya-brazos del salón de su casa, haciéndola disfrutar y a su vez disfrutando él, viviendo ambos en su particular paraíso...

¡Lo que hubiera dado yo por tener una tía como esa!

Mis tías, además de gordas, feas y mayores —mamá era la menor de las tres—, eran demasiado pacatas. Con decirles que tras el incidente aquel del agujero en las paredes del baño nunca más quisieron ducharse en casa. Incluso se lo prohibieron a sus hijas.

De modo que por aquella época mi ración diaria de mujeres desnudas se circunscribió única y exclusivamente a las revistas porno. Por cierto, recuerdo que mamá tenía un estupendo olfato para descubrir los escondites donde las ocultaba. Sin mediar palabra, apenas se topaba con una, la hacía picadillos. Yo lloraba de rabia e indignación cada vez que iba por alguna y no la encontraba. Al final, me vi obligado a tomar la resolución de llevarlas conmigo pa' arriba y pa' abajo, adonde quiera que iba, bien disimuladas en un compartimiento de mi mochila.

Pornografía y masturbación. Eso fue lo más cerca del sexo que estuve en aquellos años. Por entonces creía que moriría virgen, que nunca en mi vida me comería una rosca. Cada año que transcurría, las conversaciones de sexo entre mis compañeros de clase subían de tono, categoría y nivel. En cuarto de bachillerato, por ejemplo, ya se hablaba menos de pornografía y más de las primeras experiencias sexuales con chicas. Yo era más tímido que un avestruz y cuando me preguntaban sobre mis experiencias sexuales no hacía más que encogerme de hombros. Los malintencionados pensaban que era gay y los más ingenuos que carecía de imaginación. Porque para nadie era un secreto que algunos chicos se inventaban

las historias que contaban, esos encuentros con chicas fogosas mayores que ellos. Pero desde luego había los que decían la verdad y eso me llenaba de frustración.

¿No es irónico? La mayoría de chicos atraviesa su adolescencia intentando perder la virginidad mientras que la mayoría de chicas lo hace tratando de salvarla.

En fin. ¡Así es la vida!

Sin embargo, a nadie le falta su ángel de la guarda y el mío, por fin, me puso, recién cumplidos los dieciséis, ante mi primera experiencia sexual completa.

Después de la muerte del abuelo, mamá había cogido las riendas de la casa. Se eligió a sí misma como matriarca de la familia. A partir de entonces era ella la que daba las órdenes y tomaba las decisiones. Y entre sus decisiones, alquilar las habitaciones libres de la casa estuvo entre las primeras. Cuando la abuela le preguntó dónde iban a meter a la visita, los amigos y familiares que solían venir con frecuencia, ella le respondió que ya era hora de que si querían visitar la ciudad pagaran un hotel.

Fue por aquel tiempo que a la casa vino a parar Rita, una mulata de unos veintitrés años, con el pelo largo, lacio y negrísimo y un pompi de escándalo que al pasar dejaba una reguera de suspiros. Llegó con un hijo de siete meses a cuestas y se instaló en una de las habitaciones de la casa. No era muy bonita de cara, pero el cuerpazo que se gastaba convertía aquel detalle en una nimiedad.

Ustedes se preguntarán, cómo diablos una mujer con semejante descripción le iba a parar bolas a un muchacho de dieciséis, tímido y reservado... Pues esa misma pregunta me la sigo haciendo yo todavía...

En serio.

Aunque no crean que la cosa fue fácil. Tuve que trabajármela a pulso una cantidad de días. Utilicé toda clase de artimañas y estratagemas, desde darle flores hasta escribirle poemas. Y había una dificultad añadida: que mis estratagemas de cortejo tenían que ser a escondidas, sin que nadie de la casa se enterara, porque quién iba a estar de acuerdo que un adolescente se enrollara con una mujer hecha y derecha. De modo que estaba obligado a andarme con cuidado y medir cada paso de mi estrategia para conquistarla.

Lo menos que quería era que, por mi culpa, mamá pusiera de patitas en la calle a Rita. Y no piensen que se trataba de un arranque de solidaridad de mi parte con Rita y su pequeño, ¡nada que ver!, sino que se me había metido entre ceja y ceja que ella sería el mejor polvo, el mejor sexo que jamás tendría en mi vida.

Pero no fue así.

La noche que finalmente puede escurrirme en su cama fue un desastre.

Imagínense: yo en los últimos cinco o seis años había consumido tal cantidad de pornografía que hubiera alcanzado para satisfacer a todo un regimiento de marines movilizadas en la guerra del golfo.

Mi cabeza rebosaba de imágenes porno: pechos, vaginas, clítoris y traseros de distintas formas, colores y tamaños; las posiciones más rebuscadas e inverosímiles. Mi corazón palpitaba de deseo, de ver, de sentir y practicar todo aquello; ser por fin el protagonista principal de mi propia y particular película porno. La más atrevida y arriesgada que se hubiera filmado hasta entonces.

Sin embargo, había un detalle: no contaba con que Rita no aprobaría el casting para asumir el rol de coprotagonista.

El primer aviso me lo envió su hijo, que dormía en la misma cama donde Rita y yo íbamos a tener sexo. Yo nunca había entrado en su habitación, así que suponía que el bebé tendría su propia cunita. Pero no. Dormía con su madre. Y que conste que la suya no era una cama matrimonial sino una individual. Ella lo cogió, lo puso a un lado y me miró... De inmediato me pareció leer en sus ojos: "mucho cuidado con mi hijo, ¿eh?". Ese fue el primer aviso. No obstante, mis ganas eran demasiadas.

RITA: ¿Has traído preservativos?

Fue lo primero que me susurró al oído enseguida que me quité la ropa y me tumbé a su lado en la cama. Sí, respondí yo y me levanté. Busqué en el bolsillo de mi pantalón un condón sin marca que me había prestado un compañero de clase y lo puse sobre la mesita de noche. De vuelta a la cama, bajo las sábanas, empezamos a besarnos y cuando deslicé mis manos bajo su pijama vino el segundo aviso... La piel de Rita parecía no estar en su sitio. Sus pechos colgaban, estaban desinflados, y presentía que sus muslos y trasero se desparramarían en cualquier momento por el colchón. ¿Era la misma chica despampanante que llenaba de manera perfecta los bluejeans durante el día? ¿O acaso padecía de un hechizo que transformaba su cuerpo cada noche? Digo, como le pasaba a la princesa Fiona, la de las películas de Shrek.

Otra cosa: Rita tenía el pubis completamente rasurado. Sé que para algunos esto puede sonar sensual y hasta excitante, pero para un muchacho de mi edad en su primera vez significaba un sacrilegio. ¡Yo quería ver y sentir esos pelos! Olerlos, saborearlos, ¿si me explico? De modo que aquello fue una gran afrenta contra mi libido, una enorme decepción.

El tercer y último aviso vino cuando, armándome de valor para besar aquellos senos flácidos, luego quise bajar a su entrepierna... ¡No me dejó! Me cogió por la cabeza y me tiró hacia arriba.

Yo pensé, bueno, debe ser que todavía no está lista. Tal vez tengo que aplicarme más en los preliminares... Esto último lo sabía gracias a mi amigo Samuel. Así que seguí besándola y acariciándola. En mi segundo intento de bajar para practicar el primer cunnilingus de mi historia, volvió a tirarme hacia arriba. En esa, su segunda negativa, tampoco quise percibir un abismo y seguí con los besos y las caricias... Pero la tercera vez que me impidió bajar, supe que aquella noche, ni ninguna otra, probaría de ese manjar de su cuerpo...

De pronto sentí que el castillo de imágenes porno que había construido con entusiasmo, curiosidad y rigor, durante tanto tiempo, empezaba a desmoronarse... ¡Se vino a pedazos desde la parte superior hasta sus cimientos!

Ni qué decir que el sexo con ella fue un completo fiasco. Nada de cunnilingus, felatios ni sexo anal. Todo se limitó única y exclusivamente a practicar la aburrida posición del misionero.

¡Y encima con la luz apagada!

En algún momento, mientras lo hacíamos, llegué a pensar que era mil veces mejor masturbarme. Así que comencé a pensar en mis técnicas de masturbación favoritas y me vino a la cabeza la del melón. Hacerlo con ella era casi como hacerme una buena paja con un melón. Era casi igual de delicioso. La diferencia fundamental quizás radicaba en que el interior de su vagina estaba más calentito.

4

Practicar sexo es como cocinar. Puedes tener la receta y los ingredientes correctos y aún así existe una gran probabilidad de que el caldo te quede morado.

Vamos. De que las cosas no te salgan tal cual como las has planeado.

Eso fue lo que me ocurrió aquella primera vez.

Pero a pesar de la gran decepción, no me desanimé, y a los pocos días repetí. Repetí con la misma chica. Por supuesto no esperaba que las cosas mejoraran, repetí con ella por la sencilla razón que, en aquel tiempo, era la única chica que estaba a mi alcance.

Tal como esperaba, la experiencia no fue distinta. Sin embargo, hubo algo que me ayudó. Como la vez anterior mientras lo hacíamos, eché mano de la imaginación y me puse a pensar en situaciones más gratificantes y placenteras y entonces ya no estuve en la habitación donde tenía sexo con Rita, al lado de su hijo dormido de siete meses, sino en una habitación más amplia y luminosa, sobre una cama King size y con otra chica dispuesta, nada pacata y dada a cumplir mis fantasías. No en vano dicen que el cerebro es el órgano más erógeno del cuerpo humano.

Así fue como pasé a formar parte del grupo de chicos que en el liceo se inventaban sus encuentros sexuales para contárselos a sus otros compañeros adolescentes. Y para no sentirme mal, me decía a mí mismo que lo que yo contaba no era del todo un engaño, que había su parte de verdad.

Rita y yo seguimos teniendo aquellos encuentros furtivos en su cuarto hasta que un buen día tuvo que marcharse de casa. Como la echaron del trabajo, ya no pudo pagarle el alquiler a mamá y se mudó con una tía.

Antes de irse me dejó la dirección y el número telefónico del lugar en que viviría de ahora en adelante.

Cuando esto sucedió, ya yo había comenzado en la universidad. Me inscribí de noche para aprovechar el trabajo que me habían ofrecido de atender un kiosco de revistas. Sólo tenía que cubrir el turno matutino. De 6 a 12. Para mí era perfecto. Además de recibir una paga, me ahorraría un montón de dinero en revistas pornográficas.

No sé por qué imaginaba que en la universidad tendría una vida sexual más activa. Pues no. Seguí siendo el mismo pringao de siempre sólo que con estatus universitario. Pese a mi soberbia de aquellos días, no cometí la locura de deshacerme del papelito que me había dado Rita con su dirección. ¡Menos mal! Durante otro buen tiempo ella seguiría siendo mi refugio en cuanto a sexo se refiere.

Sexo de muy baja calidad según mis cánones, dicho sea de paso, pero sexo al fin y al cabo.

Recuerdo que la primera vez que lo hicimos en casa de su tía, yo iba con grandes expectativas puesto que sería la primera vez que lo haríamos a la luz del día. ¡Ahora sí voy a verla desnuda!, pensaba. Otra vez me equivoqué. Rita, en todos nuestros encuentros, se las ingenió para quedarse vestida mientras lo hacíamos.

El que se desnudaba de pies a cabeza era yo.

Una tarde, en pleno apogeo, escuchamos unas llaves abriendo la puerta principal y los dos nos levantamos y salimos disparados como una exhalación hacia la habitación de Rita. A ella no le gustaba que lo hiciéramos en su cuarto, porque a la hora que lo hacíamos su hijo dormía la siesta y, como estaba algo más grande, le preocupaba que despertara y nos viera teniendo sexo. Tampoco nunca quiso que usáramos la cama de su tía. Así que durante nuestros encuentros furtivos acabábamos invariablemente tendidos sobre el suelo duro y frío del salón...

TÍA: ¡Ritaaa!

EDUARDO: ¿Qué hacemos?

Ambos estábamos con las orejas pegadas a la puerta y los corazones a punto de saltarnos por la boca.

RITA: ¡Sal por la ventana!

EDUARDO: ¡¿Qué?! ¡Estamos en una planta 13!

RITA: ¡Coño! ¡No es hora de ponernos supersticiosos!

No, no. Es broma. Ni puta idea de qué hablamos en aquel momento. Sólo recuerdo mi susto y que Rita acudió casi enseguida al llamado de su tía. Me quedé solo, y durante ese extenso o corto lapso, con los ojos cerrados, le pedía a todos los santos que se me cruzaban por la mente que si salía de aquella no volvería a hacerlo. Prometía portarme bien de ahí en adelante y no seguir pecando como lo había hecho en los últimos tiempos.

La puerta se abrió de pronto y Rita me jaló del brazo y me condujo lo más rápido que pudo hacia la salida. Con igual rapidez, me empujó al pasillo exterior y sin decir palabra cerró la puerta a mis espaldas. Tardé un rato en darme cuenta de que estaba en pelotas, con la ropa apretada contra el pecho. Al fin me vestí y cogí rumbo a casa. El trayecto lo hice a pie pues mis últimas monedas me las había gastado en los dos rutas que tenía que coger para llegar a casa de la tía de Rita.

La idea, antes de que todo se torciera, era que ella me diera dinero para el pasaje de vuelta.

Después de aquel susto, Rita y yo apenas hablamos un par de veces por teléfono. Poco después se fue a trabajar a otra ciudad y ya no supe de ella.

Esta vez ni siquiera me dejó un papelito con sus señas de contacto. No me quedó más remedio que volver a las revistas y a la masturbación compulsiva.

Fueron años de aridez y frustración.

Cuando estaba a punto de terminar mis estudios, conocí a una chica que me gustó y con la que empecé un discreto flirteo. Desde luego en la universidad había conocido a otras chicas que me gustaron y con las que flirteé a lo largo de los años. Lo que hacía a ésta última tan especial, tan única, es que me había correspondido.

Se llamaba Gloria y trabajaba en la cocina de una de las cantinas que había en la facultad. Tenía diecinueve años y una coquetería natural que se debatía entre lo ingenuo y lo perverso.

Eso me encantó.

Comenzamos a salir y a la tercera semana ya me dejaba que le metiera mano por todas partes. De allí a planificar una visita al hotel no me separaba no más que un paso.

Rompí la hucha, conté mis ahorros y comprobé con alegría que aquel dinero me alcanzaba para varias rondas de cervezas y una modesta picada en una tasca; más los condones, los taxis y por supuesto el cuarto de hotel.

Aquella noche en que Gloria y yo salimos con el claro objetivo de acostarnos fue casi perfecta. Ella estuvo radiante y maravillosa. Yo bastante inquieto y ansioso porque al fin llegara la tan esperada hora.

Y la hora tan esperada llegó.

Era la primera vez que ponía un pie en un hotel.

EDUARDO: (*Muy nervioso*) ¿Tiene habitaciones?

RECEPCIONISTA: ¿Suite o normal?

EDUARDO: Suuu... ¡Normal! ¡Normal!

RECEPCIONISTA: ¿Es mayor de edad?

EDUARDO: Sí. Tengo veintidós.

RECEPCIONISTA: ¡Usted no! ¡Ella!

EDUARDO: Ah, ella... ¡Sí, sí! También.

RECEPCIONISTA: ¿También tiene veintidós?

EDUARDO: No, no. Perdón. Quiero decir que también ella es mayor de edad. Tiene diecinueve.

RECEPCIONISTA: Déjenme sus cédulas.

Después de superar aquel interrogatorio tipo STASI, y de pagar por adelantado y en *cash* la tarifa de la habitación, Gloria y yo por fin entramos.

No era gran cosa, la verdad, pero tenía lo más importante: una cama grande. Había leído que las habitaciones de aquel hotel disponían de espejos repartidos por todas partes, incluso en el techo, por eso lo elegí. Sin embargo, sólo había uno en la pared de enfrente de la cama. Imaginé que eran las suites las que contaban con aquellos célebres espejos en el techo.

¡Cachis!

Me dejé de elucubraciones inútiles y fui directo al grano. Antes, tomé la precaución de encender todas las luces posibles. Gloria se dejó hacer y se entregó a mí en cuerpo y alma. Besé, olfateé, lamí y mordisqueé cada centímetro de su piel, cada rincón de su cuerpo... ¡En aquel momento Gloria significaba la gloria para mí! Por primera vez hacía lo que había soñado hacer toda mi vida con una mujer y, cuando ya no podía aguantarme más, cuando había reproducido en aquel cuarto, sobre aquella cama, en aquel cuerpo magnífico de Gloria, gran parte de las imágenes que me desbordaban desde siempre la cabeza, me puse el condón con el fin de penetrarla y pasar a otro nivel, entonces Gloria va y me susurra al oído:

GLORIA: Con cuidado que soy virgen.

Les confieso que no era algo que me esperara, la verdad, pero que tampoco significara gran cosa para mí.

Al menos hasta aquel día.

A partir de ese instante se rompió la magia de la noche y lo que vino después fue una burda parodia de lo que habíamos hecho minutos antes.

GLORIA: Ayayayayayay... Nononononono... Ufufufufufuf...
¡Para! ¡Para! ¡Para!

EDUARDO: Okey, okey.

Y al rato vuelta a empezar:

GLORIA: Ufufufufufuf... Nononononono... Ayayayayayay...
¡Para! ¡Para! ¡Para!

¡Coño! ¡Qué estrés!

Y les aclaro que la cosa no sólo era dolorosa y desagradable para ella... ¡También lo era para mí!

Cuando aquello por fin cedió y pude penetrarla, tras no sé cuántos intentos y no sé qué montón de tiempo, me pareció escuchar las notas de nuestro glorioso himno nacional.

¡Coño! ¡Qué estrés!

Desde aquel día juré nunca más tirarme a una virgen. Debut y despedida.

Pero como oficialmente Gloria había dejado de serlo, seguí haciéndolo con ella.

El sexo con Gloria era estupendo. Cuando se encendía se transformaba: perdía la ingenuidad y sólo quedaba su lado perverso. Una vez, después de hacerlo toda la noche, me dijo que odiaba cómo la hacía sentir.

EDUARDO: ¿Y cómo te hago sentir?

GLORIA: ¡Como una puta!

No sabía si era un halago o una ofensa.

Opté por la primera opción.

A veces, cuando se nos acababan los condones que llevaba, pero las ganas seguían intactas, lo hacíamos teniendo yo el cuidado de sacarla antes de eyacular. Es

decir, acabábamos practicando el célebre método anticonceptivo *coitus interruptus*.

Meses más tarde, una mañana en la que había estado particularmente callada mientras caminábamos por el centro como amigos —yo siempre evitaba con ella cualquier muestra efusiva de cariño en la calle; le decía que me avergonzaba los amapuches públicos—; una mañana, decía, después de una función matutina de cine y un helado, me dijo, con un tono demasiado solemne:

GLORIA: Eduardo, tenemos que hablar.

Yo sabía muy bien el significado de estás palabras en boca de una mujer, de modo que pensé para mis adentros, “Ya está, hasta aquí me trajo el río; se me acabó la diversión y el goce. Otra vez tendré que recurrir a las revistas y a las pajas compulsivas”.

Era la historia de mi vida. Las mujeres se aburrían o se cansaban de mí antes que yo de ellas.

EDUARDO: Te escucho.

Dije, con entereza y aplomo.

GLORIA: Estoy embarazada.

EDUARDO: ¿¿Cómo?!

Y la sensación de jarro de agua fría les juro que me ha durado hasta el día de hoy.

5

Hasta no hace mucho existían dos tipos de mujeres para mí. Las mujeres de las que me enamoraba y las mujeres con las que deseaba tener sexo. Y ambos grupos eran excluyentes; no considero ocioso mencionarlo. Es decir, a lo largo de mi vida, nunca, repito, hasta no hace mucho, había conseguido hacerme una idea sexual de las chicas de quienes me enamoraba... A propósito, siempre se ha tratado de amores platónicos la mayoría, amores no correspondidos... Mientras que de las otras... Bueno, de las otras... Es de ellas que llevo rato hablándoles, ¿no?

¿Si me entienden?

Gloria pertenecía al segundo grupo. Si por mí hubiera sido, después de nuestra primera noche de lujuria, me hubiera limitado a verla únicamente bajo esas mismas circunstancias: en un cuarto de hotel.

Se podrán imaginar entonces mi reacción cuando me soltó aquello de su embarazo.

Yo quería que me tragara la tierra, que me callera un rayo fulminante y me convirtiera en polvo cósmico o al menos ser abducido por extraterrestres.

Todo era preferible a vivir una situación como aquella. No me imaginaba una vida en común con Gloria. Sí, teníamos buen sexo, pero eso no significaba que era la mujer con la que deseaba tener una familia. Es como si te obligaran a convivir con tu madre el resto de tu vida por el simple hecho de haberte dado pecho.

¡Qué locura!

Y hablando de madres... Temblaba de terror al imaginar que mamá se enterara de que iba a tener un hijo con una desconocida sin haberme casado.

No. Ni hablar. Haría todo lo que estuviera en mis manos para que ella no lo supiera.

¡No se enteraría jamás!

Por aquellos días no dejaba de pensar en el asunto. Hacía mis tareas de rutina pero mi cabeza estaba en otro lugar. Me equivocaba en las cuentas del kiosco, suspendí varias evaluaciones de la universidad, en fin, un desastre. Encima Gloria me presionaba para que no la dejara sola con semejante problemón ante su familia. En pocas palabras, que tenía que dar la cara.

Desde un principio le dejé claro que no me casaría con ella, que me responsabilizaría del bebé y daría la cara ante los suyos, como ella deseaba, pero que no se hiciera ilusiones con altares, lluvias de arroz ni luna de miel.

El aborto no se cruzó por mi mente.

Poco después, una noche, al llegar de la universidad, Tibisay me entregó un papelito al tiempo que decía que llamara urgente a ese número. Llamé y me dijeron que Gloria había sido hospitalizada. Además, que llevara dinero para pagar las medicinas y otros gastos de la operación. ¿La operación? Salí de inmediato y tras sobornar al portero del hospital, me reuní con Gloria.

A su lado estaba una señora bajita y regordeta que me lanzó una mirada fulminante.

GLORIA: ¡Era una niña, era una niña!

EDUARDO: ¿Era?

SEÑORA BAJITA: (*mordiendo cada sílaba*) La perdió. Ya no hay ningún bebé. Al parecer ha sido un aborto espontáneo.

Segurísimo van a pensar que soy una mala persona, porque en aquellos segundos, más que tristeza, sentí un gran alivio.

EDUARDO: Tranquila. Miremos el lado positivo. Podremos continuar con nuestras vidas.

SEÑORA BAJITA: ¿Con eso quiere decir que de ahora en adelante visitará a "la niña" en su casa como debe ser?

Aunque no me quedaban dudas de que la señora bajita, y quizá Gloria también, habían entendido perfectamente lo que yo había querido decir, en aquel instante no pude evitar que el siguiente diálogo estallara en mi cabeza: ¿"La niña"? ¿"En su casa como debe ser"? ¿Acaso la vieja me está comprometiendo con su hija? ¿Pero si ya Gloria no está embarazada! "Podremos continuar con nuestras vidas" significaba exactamente eso, señora: que ella seguiría con la suya y yo con la mía. Cada cual por su lado. ¿Es tan difícil entenderlo?

Pues resultó que sí. La vieja quería echarme el guante. Porque de ahí en adelante acabé como novio formal de la Gloria, visitándola tres veces por semana en el salón de su casa con media familia atenta a lo que hacíamos y decíamos. ¡Era horrible! Después de los momentos de lujuria que habíamos vivido, apenas podía darle un piquito cuando llegaba o me marchaba de aquellas visitas.

Lo peor era que me parecía que Gloria aprobaba y disfrutaba con todo aquello.

En las siguientes vacaciones de la universidad, dejé de ir a su casa por tres semanas continuas. Una noche me llamó por teléfono indignadísima y entre sollozos e insultos me dijo que no me obligaría a hacer algo que yo en el fondo no deseaba hacer, que se había acabado, que se había hartado de mendigarme cariño, de modo que no quería volver a verme nunca más. Le tomé la palabra.

Me gradué en la universidad, dejé el kiosco y empecé a trabajar en una empresa que fabricaba y distribuía bebidas espirituosas y di inicio a una nueva etapa de mi vida.

Me sentía bien. Con algo de mayor seguridad en mí mismo. Aunque no niego que toda esa seguridad se iba al garete cuando mi jefa pedía que me reuniera con ella. Trabajaba como analista en el Departamento de Crédito y cobranza y mi jefa era un hembrón con los pechos más enormes y mejor formados que había visto jamás.

Cada vez que salía de su despacho, me iba directo al baño a hacerme una paja. Era la única manera de concentrarme y rendir en el trabajo.

Desde luego había otras mujeres buenas en la empresa, aunque mi jefa se las llevaba a todos por los cuernos. Pero estaba igual de buena que prohibida. Por los pasillos se rumoreaba que tenía un affaire con el Director de Finanzas, uno de los chivos pesados de la empresa y jefe de su jefe. En otras palabras, el jefe del jefe de mi jefa.

De modo que si yo quería hacer carrera en la empresa, cosa que en realidad me apetecía, mejor que me mantuviera lo más alejado posible de ella.

A veces, en nuestras reuniones, creía que no soportaría y que de un momento a otro saltaría sobre mi jefa, le arrancaría la ropa y le haría el amor sobre el escritorio y a la vista de todos. En esos instantes pedía disculpas, me levantaba y me iba al baño. Odiaba cuando aquellas reuniones se extendían más de lo usual.

Por otro lado, solía llevarme muy bien con los vendedores. Siempre preferían hablar conmigo antes que con cualquier otro de mis compañeros del departamento. Ya sé que es contra-natura: ¿un analista de crédito y cobranza llevándose tan bien con los vendedores? ¡Hum! Al menos movía a la suspicacia.

Cuando cierto día el Director de Ventas propuso que los analistas de crédito y cobranza saliéramos durante un período a cubrir las rutas junto con los vendedores, con el fin de familiarizarnos con su trabajo, aportar soluciones y empezar así a entenderlos y hacernos más solidarios con ellos, que, dicho sea de paso, eran los que al fin y al cabo traían el dinero a la empresa, comprendí que quería ser vendedor.

Me interesó su mundo de patear la calle, convencer a un cliente de comprar nuestros productos y, por qué no, la idea que algún día no muy lejano apareciera mi nombre en la cartelera como mejor vendedor del mes.

Jugué mis cartas y al final maté dos pájaros de un mismo tiro: me distancié todo lo que pude de mi jefa en el Departamento de Crédito y cobranza y conseguí mi sueño de patear la calle como vendedor.

Ejerciendo este duro y a veces incomprendido oficio fue que me reencontré de nuevo con Natalia.

6

Todavía no les he hablado de Natalia, ¿verdad?

Pues verán, ella era uno de los tantos amores platónicos, no correspondidos, que había acumulado durante mi juventud. La conocí en bachillerato, una tarde de un día viernes, en la parada del ruta cercana a la puerta principal del liceo. Fue verla y enamorarme de ella. Como si Cupido, por tratarse de una tarde de viernes, hubiera querido agotar pronto sus flechas y las hubiera enfilado todas contra mí.

Natalia tenía una risa hermosa y un carácter esquivo con los extraños, pero dulce y cercano con los conocidos. Ambos cursábamos el cuarto año en secciones distintas.

En aquella ocasión ella cogió el ruta seis y pensé que nunca más la vería, razonamiento totalmente errado, puesto que llevaba la insignia del liceo y se suponía que lo más probable era que volviéramos a toparnos en el futuro.

Sin embargo, la casualidad quiso que ese futuro fuera casi inmediato.

Aquel mismo día, a pocas horas de verla entrar por primera vez en mi vida, nos encontramos en una fiesta que daba en su casa un compañero de clase.

Tardé un rato en abordarla, en reunir el valor necesario para acercármele. "Hola", le dije, "Hola", me contestó y después de eso no salió otra palabra de mi boca. Me quedé mudo. Me quedé allí parado enfrente suyo en silencio, como un idiota, mirando su boca, sus labios entreabiertos; esos labios que dejaban al descubierto unos dientes blancos, nobles, perfectos.

Menos mal que otro chico vino y la invitó a bailar.

El resto de la noche no tuve ojos para otra chica. Aunque la contemplaba desde lejos. No volví a acercármele.

En aquella época del liceo Natalia y yo fuimos sólo amigos. Supongo que sabía que me derretía por ella. Nunca se lo dije, pero eso era más que evidente.

Años después, no obstante, el destino tenía planificado otro encuentro para nosotros. También era viernes por la tarde. Yo venía de tomarme unos tragos con un cliente e iba por mi carro al estacionamiento donde lo había dejado cuando la vi en la parada del colectivo.

EDUARDO: ¿Natalia?

NATALIA: ¿Eduardo?

Cualquiera diría que las tardes de los viernes y las paradas de colectivo habían sido inventadas para nosotros.

Únicamente para nosotros.

La invité a tomarnos algo entretanto recordábamos viejos tiempos y nos poníamos al día con nuestras vidas, luego a bailar y esa misma noche nos empatamos; nos hicimos

novios. A la mañana siguiente yo me sentía exultante y el hombre más afortunado del mundo.

A veces los sueños más increíbles se hacen realidad.

A los cinco meses le pedí que se casara conmigo y diez meses más tarde éramos marido y mujer.

Pero antes ocurrió un hecho que cambiaría mi vida más de lo que la cambiaría mi matrimonio con Natalia.

Días previos a la boda, mis compañeros de trabajo prepararon mi despedida de soltero. La celebramos a lo grande en uno de los prostíbulos de más renombre de la ciudad. Tenía veintiséis años y les confieso que nunca había entrado en uno de estos lugares.

¡Coño! ¡De lo que me había perdido!

Al menos eso pensé en aquel momento.

Las chicas que vinieron a sentarse con nosotros eran despampanantes. Guapas, simpáticas, complacientes y despampanantes. Al principio estuve algo cortado, pero rato después reía y bromeaba sin parar.

Ya entrada la madrugada, los muchachos me tenían otra sorpresa: "escoge cuál de ellas te llevarás a la cama. Nosotros te la pagamos. Es nuestro regalo de boda".

Ni me lo pensé y me llevé a la que había estado conmigo gran parte de la noche.

Aquella experiencia sería determinante en mi futuro inmediato. Fue como abrir la caja de Pandora, como si dentro de mí se hubiera disparado un mecanismo que estaba programado que se pusiera en marcha justo en ese instante.

Me casé con Natalia, tuvimos altar, lluvia de arroz y luna de miel, y pese a que todo fue hermoso y feliz —Natalia resplandecía como un sol—, yo no me sentía del todo satisfecho.

Sentía que faltaba algo; que me faltaba algo.

Cuando regresamos de nuestra luna de miel, a la primera oportunidad que tuve, le dije a Natalia que tenía que acudir a un evento de un cliente y me fui directo al burdel. Estuve tirando toda la noche. Volví a casa casi al amanecer.

En ocasiones, durante el día, tras visitar a dos o tres clientes, buscaba en los anuncios clasificados los teléfonos de prostitutas y quedaba con ellas en algún hotel cercano. En aquella época llegué a acostarme hasta con cinco mujeres distintas en un mismo día.

No transcurrió demasiado tiempo para que por esta causa empezara a tener problemas en el trabajo. De estar entre los primeros puestos de los vendedores de la compañía, pasé a contarme entre los últimos. Horacio, mi gerente de zona y amigo, se sentó a hablar conmigo:

HORACIO: ¿Qué coño te pasa, Eduardo?

EDUARDO: ¿Por qué?

HORACIO: ¿Cómo que "por qué"? Has bajado un montón tu rendimiento.

EDUARDO: La situación está cada vez más dura en la calle.

HORACIO: Esa no es excusa. La calle está igual de jodida para todos.

Sabía adónde quería llegar y no dije nada. Al fin y al cabo él era el jefe y ése su trabajo.

HORACIO: Tienes que mejorar tus números. No voy a poder protegerte todo el tiempo.

EDUARDO: Lo haré. Te prometo que lo haré.

A diferencia de los vendedores, cualquier otro empleado de una empresa, puede vivir de glorias pasadas; extender un período de gracias más allá del propio período de gracia, ¿si me explico? Y eso para ellos puede significar años. En cambio, para nosotros, cada mes es borrón y cuenta nueva. Un período de gracia nunca va más allá de cuatro semanas.

Mi conversación con Horacio había sido una especie de ultimátum. Prácticamente me estaba diciendo:

HORACIO: No pienso arriesgar más mis güevos por ti, ¿ok? O mejoras esos números o te echo.

A mediados del mes siguiente tampoco me había esforzado lo necesario. No en mi trabajo, quiero decir. Porque con mis visitas a los burdeles estaba rompiendo mi propio record. Incluso, por sugerencia de las mismas putas con la que me acostaba, había empezado a consumir pequeñas cantidades de cocaína con el fin de aumentar mi resistencia. De modo que a una semana de fin de mes, como medida desesperada, le propuse a un par de clientes de confianza lo siguiente:

EDUARDO: Cómprame tantas cajas y te consigo algunas impulsoras y material de *merchandising* para que se mueva mejor nuestro producto en tu local.

CLIENTE: ¡Estás loco! ¿Cómo demonios crees que voy a vender tanto producto tuyo aquí?

EDUARDO: Tú pídelo, hombre. Te quedas un par de semanas con el producto en tus almacenes y luego lo devuelves a la compañía, ¿si me entiendes?

CLIENTE: ¿Un par de semanas? Eso es mucho tiempo. No tengo tanto espacio libre en los almacenes.

EDUARDO: Una semana.

CLIENTE: ¡Hecho!

De esta manera fraudulenta volví a ponerme entre los tres primeros vendedores del mes y a ganarme de nuevo la confianza de Horacio. Y desde luego saqué una platica extra por concepto de comisiones que me gastaba con las putas.

Todo volvía a marchar sobre ruedas.

Ante Natalia y los demás me mostraba como un hombre trabajador, responsable y cariñoso. Ganaba buen dinero y trataba de complacer en todo a mi esposa. Dejamos de vivir

alquilados y nos compramos una casita que ella amobló y decoró a su gusto. Cuando quedó embarazada, le pedí que dejara su trabajo para que se dedicara al niño y ella estuvo de acuerdo. Pero la verdad es que llevaba una doble vida. Cada dos o tres días me entregaba unas cuantas horas a la lujuria. A tirar con total desenfreno con prostitutas a las que sólo tenía que pagar una cantidad y si te he visto no me acuerdo; sin el riesgo ni las complicaciones de las amantes. Imagino que se estarán preguntando si sentía remordimiento por serle infiel a Natalia... ¡Claro que sentía remordimiento! Cada vez que llegaba al clímax sobre los cuerpos de esas desconocidas... Y para apartar un poco la culpa de mi cabeza, me decía a mí mismo que aquello no era engañar a Natalia, que sólo era una transacción comercial, casi como la que yo realizaba con mis clientes, sólo que en lugar de un producto, las chicas con las que me acostaba me vendían un servicio. Y cuando el vacío de la culpa era demasiado grande, demasiado profundo, buscaba taparlo con más sexo, más droga y más lujuria.

Casi un año después, el director de ventas, a través de una auditoría interna, descubrió mi fraude. Todo fue manejado de bajo perfil, con suma discreción, para que el resto de la empresa ni los clientes se enteraran.

Si les soy sincero, más que mi despido, lamenté que despidieran a Horacio. Y con el tiempo comprendí que fue mucho más lamentable haber perdido su amistad.

Pero a pesar de atravesar las tragedias más atroces la vida continúa...

Empecé a trabajar para uno de mis antiguos clientes. Ganaba menos y tenía que esforzarme más; al principio me alcanzó para mantener casi el mismo ritmo de vida.

En el momento que nació mi hijo me hallaba en la cama con dos hembrones. Lo recuerdo bien porque ese mismo día me pasé de coca y tuve que recurrir a la viagra con el fin de estimular la erección que el consumo de coca inhibe. Cuando salí del hotel, revisé mi celular y encontré diez mensajes de voz en mi buzón. Tres eran de Natalia y el resto de Tibisay. Como no había dado señales de vida, mi mujer había llamado a mi hermana para que la llevara a la clínica.

Al verme, Tibisay me sermoneó antes que felicitarme. Que qué clase de padre "desaparece" el día que nace su hijo, que qué futuro le esperaba conmigo, que pobre Natalia y blablablá. Aguanté el chaparrón como los valientes, sin paraguas y sin decir ni "mu".

Aquella misma mañana mi hermana me obligó a pedir unos días libres en el trabajo, a cuenta de mis vacaciones, para quedarme cuidando de Natalia y del bebé. Eso hice, pero soporté sólo tres días encerrado en casa. Al cuarto,

inventándome cualquier pretexto, salí, llamé a una puta y nos dimos un buen revolcón en un hotel.

Sé que los hijos son una bendición y todo eso. Ahora lo comprendo. Sin embargo, en aquel tiempo mi primer hijo vino a representar sólo complicaciones. Comenzando por Natalia, que andaba con la emotividad a millón; por cualquier cosa me armaba un lío o se echaba a llorar.

El bebé tampoco ponía de su parte. No paraba de berrear, mear o cagar durante todo el día. ¡Coño! ¡Qué estrés! Me gastaba una fortuna en pañales. Por cierto, en aquellos días medía el dinero que gastaba por los polvos que podía echar con una puta. Cuando pagaba en la caja del súper pensaba, dos polvos con fulanita o uno con menganita.

Así era mi vida por entonces.

Al cumplirse el séptimo día de los diez que había pedido a cuenta de mis vacaciones, le dije a Natalia que tenía que regresar al trabajo porque me estaban necesitando con urgencia. Era mentira, por supuesto, pero no aguantaba ni un día más en casa. Me parece que ella no me creyó gran cosa, aunque yo me incorporé igual a la oficina. Y agradecí infinitamente haber retornado a mi rutina.

Pasaron los días y las cosas se fueron complicando más y más. El estrés que me producía la situación en casa me obligaba a recurrir con mayor frecuencia a las putas. Lo que antes hacía cada dos o tres días, pasó a ser una actividad diaria. El dinero empezó a escasear y tuve que pedir prestado a Tibusay y a otros conocidos.

EDUARDO: Te lo devolveré sin falta el mes que viene.

AMIGO: No te preocupes. Devuélvemelo cuando puedas.

Mi táctica consistía en solicitar, inicialmente, pequeñas cantidades que devolvía sin falta en la fecha prometida, añadiendo un monto simbólico por los intereses. Cuando la confianza del "prestamista" hacia mí era total, entonces pedía una suma considerable que luego no devolvía. Así hice en un montón de ocasiones con diferentes amigos, familiares o conocidos.

A propósito, poco antes de que naciera el bebé, había estado tomando pequeñas cantidades prestadas del dinero en efectivo que me entregaban los clientes como adelanto. Por lo general, solía reponerlas sin falta —de manera rotativa, es decir, este mes un cliente y al siguiente otro—, cuando cobraba mis comisiones o con estos préstamos de allegados de los que acabo de hablar. No obstante, después que nació el niño, seguí cogiendo dinero sin conseguir nunca reponerlo. "El mes entrante lo repongo todo", me decía a mí mismo, y así el mes siguiente y el siguiente y el siguiente hasta que la deuda se hizo inmanejable. Con mis tarjetas de crédito sucedió algo similar. Pagaba lo mínimo que tenía que pagar cada mes pero no paraba de utilizarlas hasta que también con

ellas adquirí una deuda enorme. Entonces el banco comenzó a enviarme cartas de todo tipo conminándome a honrar mis obligaciones. Y para completar, debido a esta misma situación, llevaba meses sin pagar la hipoteca.

Una madrugada, al regresar a casa luego de mis andanzas de sexo, droga, viagra y lujuria, no pude entrar. Habían cambiado la cerradura. Llamé y nadie respondió. Telefoneé varias veces a Natalia a su celular y tampoco respondió. Al principio saltaba el buzón de voz. Después sólo fue el maldito mensaje de "El número al que ha llamado está apagado o fuera del área de cobertura".

Desesperado, marqué al celular de Tibusay.

TIBISAY: Ah, por fin te dignas a dar la cara.

Yo llevaba meses rehuyéndole, como a tantos otros, por el dinero que le debía.

EDUARDO: ¿Están Natalia y el bebé ahí?

TIBISAY: ¿Y por qué deberían estar aquí?

Odiaba cuando mi hermana se ponía en plan irónico.

EDUARDO: ¿Están o no están?

De pronto, escuché a lo lejos el llanto de un bebé. Era evidente que estaban allí. Mis sobrinos, los hijos de Tibusay, tenían entre cinco y ocho años.

EDUARDO: ¡Pásame con Natalia!

TIBISAY: Primero arregla lo del banco para que ella y el niño puedan volver a su casa.

EDUARDO: Pero, ¿qué dices?

TIBISAY: Como oyes. Ve y arregla el asunto de la hipoteca con el banco. No importa que me debas a mí y a media humanidad. Eso se pasa. Lo que no se puede perdonar es que pongas en riesgo el techo de tu hijo y de tu mujer.

EDUARDO: ¿Acaso te has dado cuenta de la hora que es?

TIBISAY: ¿Y te has dado tú acaso cuenta del daño que le estás ocasionando a Natalia y al bebé dejándolos sin hogar?

Resulta que hacia el final de la tarde del día anterior, un representante del banco con el que habíamos contratado la hipoteca, junto con las autoridades respectivas, se habían presentado en casa y habían echado a la calle a Natalia y al bebé y habían cambiado la cerradura de la puerta principal.

Llevaban semanas enviándome avisos al trabajo. Yo no les había hecho caso en absoluto porque creí que no se atreverían a ejecutar la hipoteca teniendo un niño de pecho.

Pero por enésima vez me equivoqué.

Y aunque parecía que mi situación no podía empeorar, lo hizo: al día siguiente estalló la olla de los "préstamos" que desde hacía meses había estado sustrayendo de los pagos en efectivo de mis clientes.

7

Hace poco vi en *Animal Planet* un documental sobre los hábitos reproductivos del ratón marsupial de Australia.

Este animalito es la envidia de los machos de cualquier especie. Puede aparearse con cuantas hembras le sea posible y mantener la monta por varias horas. Pero eso no es todo: esta pequeña máquina de sexo tiene el órgano genital más grande entre los mamíferos. Sus testículos representan la cuarta parte del peso de su cuerpo, que está entre los diez y quince gramos.

Al llegar la época de celo, que es de dos semanas, entre julio y agosto, sólo piensa en satisfacer su instinto. Sus hormonas se revolucionan a tal punto que deja de comer, dormir y beber. No hay escondite seguro para ninguna hembra. No importa que haya que disputársela a cualquier otro macho. Lo malo es que tanto exceso le sale caro. El sexo le cuesta la vida. Muere poco antes de terminar su época de reproducción. Y lo peor es que ninguno de los machos de la especie logra sobrevivir.

La explicación científica de sus decesos es que su sistema inmunológico entra en colapso. Tras tanto desgaste físico los riñones empiezan a funcionarles mal. El estómago y los intestinos les llegan a sangrar hasta matarlos. También pueden desarrollar infecciones masivas o ataques de parásitos, tal como sucede cuando se desarrolla el virus del síndrome de inmunodeficiencia adquirida.

Su muerte es trágica. Ocurre a los diez meses de edad, con los testículos hinchados, sin pelo y lleno de cicatrices por las batallas que ha librado durante su primera y única época de celo. Las hembras viven cerca de dos años y medio. Logran aparearse con la nueva generación de machos, que desde que conocen el sexo, no harán nada más que eso.

¿Es preciso que diga que me sentí profundamente identificado con este animalito?

La mañana en que estalló la olla en mi oficina, ya saben, por los "préstamos no autorizados", el auditor general me dio este ultimátum: o devolvía cada céntimo del dinero que había sustraído, o ponía la denuncia en la policía y se ocuparía de que acabara tras las rejas. Me daba cuarenta y ocho horas para hacerlo.

Pensé, pensé y pensé en cómo salir del lío y no me quedó más remedio que acudir a Tibusay. Era la única que podía ayudarme; facilitarme esa cantidad. Si lograba engatusarla y decirle que con ese dinero planeaba cubrir parte de la deuda de la hipoteca, tras lo cual Natalia y el bebé podrían regresar a casa, conseguiría salir temporalmente del embrollo.

No obstante, mi mentira no coló. Tibisay se negó a darme un céntimo más y por toda ayuda me entregó la tarjeta de su abogado.

Salí de su casa hecho una furia, dando un portazo y gritando insultos y maldiciones. Ni siquiera me interesé en saber cómo estaban Natalia y el bebé.

Con los últimos billetes que me quedaban en la cartera compré una Coca-Cola, un bollo y una revista para adultos. Me comí el bollo con la Coca-Cola y luego me hice una buena paja mientras hojeaba la revista.

Al eyacular me sentí como en los viejos tiempos.

Estuve dando vueltas por la ciudad en mi carro —que no era mío sino de la empresa— hasta que se quedó sin gasolina. Lo dejé abandonado y empecé a caminar sin rumbo predeterminado.

Al caer la tarde estaba frente al portal de la casa de mamá. Hacía mucho que no pasaba por allí. Llamé al timbre y me recibió como si nada. Cenamos en silencio y luego marqué al teléfono del abogado de Tibisay. Le expliqué con lujo de detalles mi situación. Tras una larga pausa, me dijo que tal y como veía las cosas, la única salida que tenía era que me declarara incapaz y entrara por voluntad propia a un centro de rehabilitación para drogadictos.

Le colgué sin responder.

Mientras mamá veía en el salón su telenovela favorita entré a su habitación. Todavía recordaba dónde escondía el dinero. Cogí todo lo que encontré y me fui a gastármelo en sexo y droga.

Cuando me sorprendió el amanecer del día siguiente, cuando la puta se había ido y me encontraba solo, cuando no había ya nada más que esnifar sobre una de las mesitas de noche, me puse a hacer un recuento mental de mis andanzas: había estado con decenas de mujeres, había participado en orgías que parecían eternas pero que no habían durado más que unas pocas horas, había compartido mi cuerpo con mujeres y hombres, había esnifado coca hasta perder el conocimiento y, ahí, en ese cuarto cutre de hotel de mala muerte, me preguntaba si en verdad lo había disfrutado. ¿Había sentido verdadero placer? ¿Valía la pena haber sacrificado todo cuanto había sacrificado? ¿Engañar a mi familia, a mis amigos, a toda esa gente que había creído y confiado en mí?

Tan pronto volví a la casa de mi madre telefoneé de nuevo al abogado de Tibisay.

“Lo haré”, dije sin siquiera saludar ni identificarme. “Me internaré en una clínica para toxicómanos”.

A los pocos días ingresaba en una que él había buscado para mí. Allí pasé recluido ocho meses y cuando por fin salí, sabía exactamente qué clase de patología padecía. Mi adicción a las drogas había sido apenas la punta del

iceberg, una consecuencia de mi verdadero mal, de mi verdadera enfermedad. Según los especialistas que me atendieron, se trata de un tipo de trastorno de la salud mental llamado clínicamente desorden hipersexual.

En otras palabras, para que se entienda mejor, SOY ADICTO AL SEXO.

Les aclaro que ser adicto al sexo es como tener diabetes. Hay que mantenerse vigilante a toda hora, durante el resto de tu vida, como el alcohólico que no debe volver a probar ni un sorbo de alcohol. Eso sí, con la terapia se puede retornar a la vida, salir del infierno.

Todas las adicciones son nocivas, pero hay algunas más complejas que otras. A pesar de las dificultades y la lucha interior que conllevan, la gente entiende que un alcohólico puede dejar el alcohol, o un ludópata el juego. Sin embargo, un bulímico no puede dejar de comer ni tampoco un adicto al sexo prescindir del mismo por completo. Técnicamente sí, claro, pero sería como transitar de un extremo al otro del problema sin pasar por la solución.

Hoy en día, luego de varios años, todavía continúo en tratamiento. He mejorado bastante, eso nadie lo duda, pero aún no me siento preparado para enfrentarme yo solo con las tentaciones que siguen ahí fuera. Las luces de colores de los clubes de alterne son para mí como la musiquita que llama al ludópata para que eche otra moneda a la máquina.

La gente del centro de especialidades siquiátricas al que asisto me ha ayudado mucho. No sólo el personal médico, sino también los otros pacientes, mis compañeros de viaje en este retorno desde los infiernos. Cuando escucho a alguien contar su adicción a la coca, al alcohol, al juego o a internet, siento que ésa es mi historia: el sudor, los temblores, la angustia, el miedo, el deseo desenfrenado de conseguir lo que necesitas a costa de lo que sea...

Sobre todo me ha ayudado mi relación con Inmaculada. Una maravillosa mujer con un alma inmensa y única. La conocí aquí, en el centro. Ella ya asistía a terapia cuando yo apenas comenzaba. Fue adicta al alcohol y después de superarlo se enganchó a las compras. No se engañen, una no es mejor que la otra. Las dos son adicciones y la una como la otra destroza la vida de quien la padece. Inma, por ejemplo, al igual que yo, no podrá usar nunca más una visa o mastercard ni solicitar un crédito al banco. Ambos formamos parte de sus listas negras.

En todos estos años he aprendido a controlar mi compulsión al sexo y buscar otras alternativas con el fin de encarar alguna situación de estrés. Pero lo que más me enorgullece y satisface es que finalmente he podido fusionar, en una sola persona, mis dos tipos de mujer. ¿Recuerdan que les hablé de que para mí existían dos tipos

de mujeres? Pues bien, el hecho que haya superado esta dicotomía se lo debo a Inma. Con ella he descubierto que hay algo mejor que el sexo y es el sexo con amor. Ahora puedo asegurarles que no hay nada más placentero. Con ella mis depresiones postcoito han desaparecido.

Inma me ha ayudado incluso a entender cosas de mí mismo, de mi pasado, en las que antes no había reparado. Estoy seguro de que ustedes ya lo han hecho, pero a mí me ha costado muchísimo más: el meollo de mi problema era que veía a las mujeres como simples objetos.

A propósito, por fin he entendido lo que quiso decirme Gloria, aquella noche que estuvimos juntos, cuando dijo que la hacía sentir como una puta. No se trataba de algo sexual, como yo creí en un principio, sino de algo moral. La hacía sentir una puta porque sencillamente la trataba como una puta y no como la novia que ella pretendía ser.

No saben cuánto me avergüenzo de todo esto.

La vida me ha presentando una nueva oportunidad para reivindicarme y tratar de hacer mejor las cosas. No pienso desaprovecharla. Desde luego no podré reparar el daño que hice a tanta gente, pero les juro que no olvidaré nunca sus rostros; ellos me obligarán a no extraviar de nuevo el camino, a no cometer los mismos errores.

Inma y yo vivimos en el campo, en una casita que heredó de una de sus tías maternas. Cultivamos hortalizas y algunas frutas. Nuestros productos son totalmente orgánicos, ecológicos, libres de pesticidas y otros agentes químicos.

Dos veces por semana volvemos a la ciudad para cumplir con nuestra terapia y reunirnos con nuestros compañeros, amigos y familiares.

Además, he mejorado mi relación con mamá y mi hermana. Tengo que reconocer que sin la ayuda de Tibisay no sabría dónde estaría en este instante. Le agradezco enormemente que aquel día que llegué a su casa pidiendo dinero, me hubiera dicho que no y me sugiriera que llamara a su abogado.

A veces necesitamos un buen tirón de oreja de un ser querido para reencaminar nuestras vidas.

¿Y a que no adivinan? ¡Inma está embarazada! Tiene cinco meses... En fin, que en estos momentos soy el hombre más feliz sobre la faz de la tierra.

¡Qué más puedo pedir!

Bueno, sí, hay algo... Pediría una única cosa: conocer el paradero de Natalia y mi hijo, tener la oportunidad de hablar con ellos y decirles cuánto lo lamento.

Les juro que con esto mi reconciliación con la vida sería de veras completa y total.

¡Perfecta!

FIN